

entonces se hará más evidente el dualismo del escritor, en la línea del *Diario íntimo* de Moratín, tan distante de *El sí de las niñas*.

El editor de esta correspondencia publica asimismo varias cartas inéditas de Valera a sus familiares y algunas muy sabrosas de su madre, mujer práctica y que no se andaba con remilgos respecto al porvenir de su hijo, y da a conocer algunas poesías no publicadas por Valera, bastante flojas, pero que completan la desdibujada obra poética valeriana y añaden nuevos datos a su biografía.—*CARMEN BRAVO VILLASANTE* (*avenida de América, 10. MADRID*).

ERNEST JONES: *Vida y obra de Sigmund Freud*. Anagrama, Barcelona, 1970, Ediciones de Bolsillo, 3 vol.

Ernest Jones llegó como invitado a la Sociedad Psicológica de los Miércoles el día 6 de mayo de 1908. En 1912, tras las defecciones de Alfred Adler, Wilhelm Stkel y C. G. Jung, Jones propuso la creación de un pequeño grupo de analistas de toda confianza que formara una especie de vieja guardia en torno a Freud y le proporcionara la seguridad que sólo podía darle un grupo estable de amigos firmes. Este grupo ofrecería ayuda a Freud en el caso de que se produjeran nuevas disensiones: colaborarían en responder a las críticas contrarias, en reunir bibliografía y documentación clínica de su propia experiencia como analistas. Según confiesa el doctor Jones, la idea de constituir un grupo semejante provenía del recuerdo de las historias sobre los paladines de Carlomagno y las sociedades secretas.

De este «Comité» formaron parte inicialmente —además de Jones— Ferenczi, Rank, Abraham, Sachs y Max Eitington.

El 25 de mayo de 1913 Freud celebró el acontecimiento obsequiándonos a cada uno de nosotros un antiguo camafeo griego de su colección, que luego engarzamos en sendos anillos de oro. Freud llevó también, por muchos años, un anillo como éste, un camafeo-greco-romano con la cabeza de Júpiter.

Quedó convenido que, en mi calidad de fundador, yo ocupara la presidencia del Comité, cosa que se prolongó durante casi toda la existencia de éste.

Freud dejó perfectamente claro durante su vida que se oponía a todo tipo de estudios biográficos. Creía haber revelado un excesivo número de detalles sobre su vida privada, lo que llegó a lamentar muy profundamente, y deseaba que la opinión pública olvidara su personalidad para centrarse en los descubrimientos que forman su obra.

Tal deseo estaba destinado a no cumplirse. Las características de la obra de Freud conceden a ésta una importancia y una excepcionalidad que remiten inexorablemente a la figura de su creador.

La aparición de biografías en las que los datos eran frecuentemente inexactos y que pretendían modificar el verdadero significado de la personalidad de Freud fue pronto motivo para que la familia de éste pensara —tras su muerte— en la necesidad de una biografía «oficial». El que esta necesidad era muy real es algo de lo que tendrán conciencia todos aquellos que hayan pretendido situar un determinado hecho o hallazgo en el conjunto de la vida del creador del psicoanálisis. La pobreza documental de la mayor parte de las biografías «populares» resulta a veces verdaderamente penosa. Pero lo más grave son las tergiversaciones a las que se somete el pensamiento freudiano, los intentos de bautizarle o convertirle en una u otra dirección, de los que podría ser un ejemplo la obra de Ludwig Marcuse; en ella, el autor aparece revestido de una extraña mezcla de eclecticismo y omnisciencia que le permiten «profundizar» el pensamiento freudiano, soslayando sus «extremismos». La tentación de proyectar sobre el pensamiento ajeno las propias creencias parece ser, con demasiada frecuencia, irresistible.

El preparar la biografía «oficial» de Sigmund Freud corrió a cargo de Ernest Jones, quien dedicó a ello diez años de su vida. La tarea era ciertamente abrumadora, a causa de la riqueza documental, de la que otros autores carecían. Jones pudo trabajar sobre los archivos de la familia Freud, lo que puso a su disposición un vasto material inédito.

La edición publicada por Anagrama corresponde al compendio preparado por Lionel Trilling y Steven Marcus, con el fin de hacer la obra de Jones accesible al gran público; para ello se prescindió de la parte cuyo interés es exclusivamente clínico y se simplifica en lo posible la forma de exposición. La versión en castellano es un *collage*: los fragmentos debidos a Trilling y Marcus han sido traducidos por José Cano Tembleque, mientras que los textos que pertenecen a la obra original de Jones se reproducen en la traducción efectuada por el doctor Mario Carlisky para la publicación de la versión íntegra de la obra de Jones por la Biblioteca de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica Argentina (Editorial Nova, Buenos Aires).

El resultado, desgraciadamente, es deplorable. Es imposible saber a quién achacar la responsabilidad desconociendo tanto la versión de Nova como el original en inglés; pero lo evidente es que los volúmenes de Anagrama rebosan erratas e incorrecciones de todo tipo, que dificultan la lectura y restan valor documental a datos y fechas. Es una

pena que esto haya sucedido, por cuanto la edición argentina es de difícil consulta, y la necesidad de bibliografía segura y de cómodo manejo resulta evidente en este campo.

En cualquier caso, el valor informativo de la obra persiste. El primer volumen comprende desde 1856—año del nacimiento de Freud—hasta 1900, año que figura como de edición de *La interpretación de los sueños*. El segundo tomo se extiende entre los años 1901 y 1919, y el tercero desde esta fecha hasta la de su muerte, 1939.

Para el lector profano, el mayor interés de la obra de Jones reside en la proximidad de su autor a la persona de Freud, durante más de treinta años. A consecuencia de esta proximidad Jones conoce detalles a veces triviales y a veces decisivos sobre la figura de Freud. Pero, también a consecuencia de esta proximidad, Jones es incapaz de lograr el distanciamiento preciso para poder juzgar a un hombre y su obra. Esto no quiere decir que la obra de Jones padece de parcialidad, aunque algo así cabría decir a la vista de los continuos esfuerzos por dejar claro que la vida de Freud fue ejemplar; la verdadera cuestión es que Jones no puede llegar a comprender la repercusión que la revolución freudiana ha tenido sobre el pensamiento contemporáneo. Resulta curioso, cuando menos, el hecho de que Jones se extienda en la importancia del psicoanálisis a la vista de las aportaciones que ha realizado —y sigue realizando— a todos los aspectos de nuestra cultura, pero que se muestra incapaz de comprender que tales aportaciones son sólo una forma secundaria de un fenómeno de mucha mayor importancia. La obra de Freud alcanza las dimensiones de una ruptura epistemológica. Podemos —o no— disentir de las afirmaciones de Lacan y Althusser, para los que Freud descubrió una ciencia nueva, con un objeto propio no reductible al objeto de otras ciencias; pero resulta difícil negarse a admitir el hecho de que el psicoanálisis supone la aparición de un nuevo «continente teórico».

Hoy, la obra de Freud aparece asociada a dos poderosas corrientes de pensamiento: de una parte el freudomarxismo —especialmente Reich y Marcuse— y de otra el psicoanálisis estructuralista de Jacques Lacan. Las dimensiones de ambas áreas teóricas imposibilitan su reducción a esquemas simples: resulta obvio, sin embargo, que la importancia del freudomarxismo no puede ser subestimada en un momento en que el desarrollo de la teoría de la liberación se hace tarea apremiante; y que las aportaciones de Lacan no son menores por el hecho de que sus tesis epistemológicas deriven hacia un positivismo flagrante.

Para el que conozca las reales dimensiones de la obra de Freud en tales sentidos, resulta patético el interés que el doctor Jones puso en su obra por demostrar que las relaciones entre Freud y su cuñada

fueron de simple amistad, o que su vida fue solamente la de un honrado científico burgués. Las críticas que Jones dirige al «fanatismo político» de Wilhelm Reich y su empeño por mostrar que la obra de Freud fue un descubrimiento científico por encima de problemas sociales o de cualquier índole similar, el relato de las amistades y separaciones entre los colaboradores de Freud: todo colabora para mostrarnos la imagen de unos hombres honrados y valerosos, que supieron desafiar la opinión establecida, pero no fueron capaces de comprender los mecanismos subyacentes a tal opinión. El mismo Freud, que descubrió la represión de los instintos como base de nuestra cultura, fue incapaz de llevar este descubrimiento a sus últimos extremos y aceptó como inevitable tal represión.

La vida y la obra de Sigmund Freud son las de un revolucionario que no pudo serlo hasta el final, y cuya revolución no fue comprendida ni siquiera por los más fieles de sus seguidores. Freud tampoco pudo —pese a su excepcional lucidez— saltar por encima de su tiempo.—
LUDOLFO PARAMIO (Raimundo Fernández Villaverde, número 15, MADRID).

VÍCTOR NIETO ALCAIDE: *Las vidrieras de la catedral de Sevilla*. C. S. I. C. Madrid, 1969. *La vidriera del Renacimiento en España*. C. S. I. C. Madrid, 1970.

La historia del arte que habitualmente se practica en España está ligada, en el mejor de los casos, a un formalismo positivista que reduce todos los problemas a comparaciones formales superficiales, sin adentrarse ni en su significado ni en los motivos (sociales, económicos, ideológicos, técnicos, etc.) que produjeron esas variantes y su evolución. En el peor de los casos, es una historia retórica y subjetiva (que gira en torno a lo bello y categorías afines) con leves atisbos de erudición. Si esto es así en el caso de la historia del arte en general, la situación parece incluso más grave en lo que respecta a la arquitectura medieval y renacentista. Acostumbrado a *ver* iglesias y palacios, el historiador se fija en el simbolismo de las imágenes, en los motivos decorativos, en los elementos arquitectónicos básicos, etc.; pero no se preocupa en absoluto por reconstruir, en su trabajo histórico, aquello que es propio de toda arquitectura: la configuración y distribución del espacio, su funcionalidad y su significación, pues sabido es que el edificio no se limita a consistir en un simple lugar en donde estar, sino que crea un am-